

Beatriz Sarlo
Borges,
un escritor
en las orillas

Ariel

Borges traducido

Borges, un escritor en las orillas,
de Beatriz Sarlo. Buenos Aires, Ariel, 1995;
206 páginas.

La traducción —podría decirse— atraviesa este texto en varios sentidos. El primer modo en que lo hace es el más evidente y, a la vez, el más curioso. Publicado originalmente en idioma inglés, fue escrito por una profesora argentina (cuya producción crítica —hasta entonces— había tenido lugar enteramente en nuestro país) a propósito de un autor argentino. El autor, probablemente, más argentino de todos. Sólo en una segunda instancia alguien imaginó que su traducción podía suscitar interés entre los lectores del castellano. *Jorge Luis Borges: a Writer on the Edge* devino, así, *Borges, un escritor en las orillas*. Y junto con la edición de Ariel, la posibilidad de evaluar su interés en el mercado local, cosa que humildemente se pretende hacer en esta reseña. Borges, que había leído por primera vez el *Quijote* en una versión inglesa que por mucho tiempo le pareció superior al original, hubiera gustado de esta curiosidad editorial.

Cuatro conferencias dictadas —en inglés— en la Universidad de Cambridge fueron la perfecta excusa. Cuatro conferencias en el marco de la cátedra “Simón Bolívar” cuyo secreto propósito fue la restitución de una incompletud. Si en la consideración europea (concretamente inglesa, en este caso) Borges ha accedido al panteón de los grandes nombres de la literatura occidental —aduce Sarlo—, ello ha ocurrido sólo a condición de que le fueran expurgados sus aspectos “nacionales”. A costa de la dilución de la literatura que lo hizo posible. Reintegrar la narrativa borgeana al circuito de textos y autores con los que trabó relación, con los que entró en polémica, es uno de los

objetos declarados de este texto. Mas, ¿cómo hacerlo en un “idioma” que fuera accesible para un público que conocía de Borges más su fama que los libros que la forjaron?

Es desde el punto de vista del público al que estuvo inicialmente dirigido, entonces, que puede pensarse a este texto como traducción en un segundo sentido. Borges para un auditorio europeo. Un auditorio desconocedor de una literatura con menos prestigio que el autor que logró “trascenderla”. Que demanda sin pudores que se le llenen los blancos, que se le repongan los supuestos que en modo alguno se considera obligada a saber de antemano.

Cuestión que a la hora de evaluar, no ya las conferencias de Cambridge sino el interés de su traducción, reenvía inmediatamente a una serie de interrogantes. ¿Para quién está escrito, en nuestro país, *Borges, un escritor en las orillas*? ¿Se trata de un texto irremediablemente escolar que exime a los “iniciados” de su lectura? En contrapartida, ¿podría considerárselo, por analogía indirecta con el auditorio inglés, un texto accesible para el “gran público”?

Los eruditos podrán quejarse —algunos ya lo han hecho— del “paisaje” con que Sarlo introduce su lectura de Borges. De los rodeos iniciales destinados a proveer de un marco a la literatura de la cual se va a ocupar. O de los renglones de más dedicados a relatar ciertos cuentos que no se está del todo seguro que el auditorio conozca. Habrá quienes, apelando a un concepto de originalidad que el mismo Borges cuestionó, criticarán que se reiteren juicios ya anticipados en textos anteriores. Por orden de aparición: *El imperio de los senti-*

mientos (1985), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (1988) y *La imaginación técnica: sueños modernos de la cultura argentina* (1992). Los menciono no para certificar la validez de semejante metro sino para recordar parte de una prolífica producción. A ellos habrá que agregar diversos artículos publicados en la revista *Punto de Vista* que la propia Sarlo dirige desde el año 1978. Muchas de las hipótesis diseminadas allí, aquí se reorganizan bajo la directriz de una mirada integradora.

El público argentino, sin embargo, no se compone exclusivamente de expertos en “bibliografía borgeana”. Existe —por fortuna— un espectro más amplio que el de los especialistas que seguramente encontrarán provecho en las numerosas entradas propuestas en este texto. Un espectro conformado por un importante número de lectores que, interesados en la literatura de Borges, no son peritos en ella.

El problema de la bondad o perversidad de la ampliación de los discursos especializados a un público más extenso que el de los claustros universitarios enfrenta a los intelectuales desde la década del sesenta. Sin ánimo de abrir un juicio definitivo al respecto, cabría preguntarse si esos discursos no tienen una función relevante que cumplir en un momento en que las correas de transmisión entre las instituciones donde —se supone— circulan los conocimientos y el conjunto de la población tienden a adelgazarse cada vez más.

En este caso en particular, los lectores deberán probar, primero, que pueden atravesar no sólo ciertos nombres familiares para aquellos que frecuentan la teoría literaria sino tam-

bién, y sobre todo, niveles importantes de presuposición. Este texto, aunque aspire a extender su público más allá de los estudiantes de literatura, no esconde que fue concebido *en y para* la academia. Quienes salten el cerco inicial se encontrarán, a cambio, con sorpresas interesantes. Vale la pena señalar algunas.

Más indulgentes que los peritos, quizás descubran, por ejemplo, que los preámbulos iniciales, además de proveer un contexto, constituyen también una apuesta política contra aquellos que, en la Argentina, se empeñan en leer a Borges al margen de sus disputas. Aquellos que, diciendo saberlo todo, sin embargo lo ocultan para transformar a su ídolo en el héroe immaculado de la literatura vernácula. Que, teniendo noticia de las condiciones de producción, sin embargo las disimulan para mejor hacer surgir al genio singular de las letras nacionales.

El capítulo (III) que sigue a la introducción y al mencionado paisaje, "La libertad de los orilleros", ataca una cuestión que en el sistema literario borgeano es central: el problema de la colocación de los escritores argentinos y latinoamericanos frente a la gran tradición occidental. En "El escritor argentino y la tradición" (1932) Borges dejaba sentada su célebre posición: "Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga [a la de los judíos e irlandeses]; podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas" (*Obras completas*, p. 273). A partir de esta reivindicación de la libertad que sólo el margen es capaz de dar, Sarlo rastrea todos los sentidos en que los textos de Borges trabajan con la palabra "orillas": espacio imaginario, poblado de

cuchilleros y calles "sin vereda de enfrente", cuya fundación mítica tuvo lugar ya en los primeros textos de los años veinte y perdurará hasta el final. Tomando prudente distancia de sus compañeros vanguardistas, Borges preferirá, a la celebración de la ciudad moderna de los poemas de Oliverio Girondo, la serenidad de barrio; a la ciudad "mágico-científica" de los cuadros de Xul Solar, el tenue anacronismo del arrabal.

El capítulo IV, "Tradición y con-

¿Para quién está escrito, en nuestro país, Borges, un escritor en las orillas? ¿Se trata de un texto irremediabilmente escolar que exime a los "iniciados" de su lectura? En contrapartida, ¿podría considerárselo, por analogía indirecta con el auditorio inglés, un texto accesible para el "gran público"?

flictos", destee nuevos hilos derivados de la hipótesis anterior: el problema de la tensa relación que la narrativa borgeana mantuvo tanto con la tradición europea como con la tradición criolla (hegemonizada por la literatura gauchesca y cuyo continuador quiso ser Ricardo Güiraldes). Dos textos, al menos, ponen en escena la convivencia nunca pacífica entre ambas: "El sur" (1944) e "Historia del guerrero y la cautiva" (1949). Sarlo analiza los dos.

El género preferido por Borges, la literatura fantástica y su sucedáneo, la ficción filosófica o el ensayo fantástico, concitan la mayor parte de la atención de los capítulos que siguen: "La fantasía y el orden", "Construcciones imaginarias" y "La cuestión política" (capítulos V, VI y VII). Deteniéndose en textos como, entre otros, "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" (1941), "La lotería de Babilonia" (1941) y "La biblioteca de Babel" (1956), Sarlo perseguirá responder básicamente dos hipótesis de lectura.

La primera, el particular interés que estaba destinado a suscitar en Borges un género tan rebelde a las leyes tiránicas de la representación mimética como dócil a las reglas e imperativos de la forma. La segunda, tiene clave política: ¿hasta qué punto es posible leer la defensa borgeana de la literatura fantástica como "una respuesta [racionalista] a lo que, en los años treinta, se consideraba el desvío irracionalista de Occidente: el fascismo, las formas reales del comunismo, el desorden de la democracia de masas, cuyo aspecto plebeyo asustaba a Borges tanto como el autoritarismo antiliberal"? (p. 128).

Por último, quienes se interesen por los problemas teóricos que plantea la cuestión de la traducción tampoco se sentirán defraudados. Allí, siempre a propósito de la literatura borgeana,

Sarlo desliza dos o tres hipótesis que remitirán al lector interesado a los textos en los que es posible hallar las lúcidas reflexiones que Borges sostuvo al respecto.

Tercer sentido de la palabra traducción que preanuncia un cuarto. De todos, tal vez, el menos feliz. Originalmente pensado para ser *dicho*, este texto conserva de la oralidad un eco que, a veces, pareciera no hacerle debida justicia. Ciertas repeticiones, por ejemplo, que en una conferencia son saludables y necesarias, en la escritura pueden pasar por descuidados.

Este último sentido de la traducción, sin embargo, no alcanza a empañar a los tres primeros. Tomados en su conjunto, el lector no los juzgará peyorativamente a menos que quiera ampararse en un concepto muy restringido y muy elitista del modo en que conviene que los bienes culturales circulen en nuestro país.

Pablo Bardauil